

OPCIÓN DEL DINOSAURIO

Ramón Buenaventura

Antaño, hace años, cuando Franco (¿recuerdan?), cuando éramos colonia cultural de los franceses, los escritores y columnistas modelo Baudelaire utilizaban mucho el término «blasé». Se decía: «Fulanito es un *blasé*, fulanita está de un *blasé* que no hay modo de entrarle». Supongo que aún quedarán por ahí, por las reservas de las finas letras, plumíferos que sigan empleando la palabreja. Significa, exagerándole un poco la definición al diccionario: persona que ya ha gozado todos los placeres y le ha salido callo y no disfruta con nada. O sea: ¡bah!

El otro día estuve en un sarao la mar de literario, y había una muchedumbre de poetas, novelistas, periodistas de suplemento cultural, editores, etc. Pálidos, cabizcaídos, con aspecto de *brokers* en pleno ¡crack!, con el alma asomándoles apenas por los ojos, tristísimos. Se oía por todos los rincones —incluso los más cercanos a la barra (libre)— el espantoso pa-reado de la crisis:

—¿Qué tal?

—Fatal.

Es de tantos megas el desaliento que cunde entre la ex crema de la intelectualidad, que ya no sobreviven en ella ni siquiera los especímenes más tradicionales: ni el susodicho *blasé* —porque nadie se atreve a confesar que alguna vez gozó con esto de ser culto y cultivarse—, ni aquellos intelectuales furiosos, tan pintorescos, que odiaban y despreciaban y vilipendiaban a todo ser humano que no se derramara de admira-

ción ante sus geniales escritos y sus ingeniosísimas sentencias sobre lo bueno y lo malo en todas las campas del Arte y las Letras. Ahora, entre las gentes de literario vivir, no hay nada más elegante que la desolación.

Todo fatal, gracias, ¿y usted? Por buenísimo que uno sea, pongamos por caso, escribiendo, no queda más remedio que ofrecer textos ligeritos, triviales, pringosos de lirismo sentimental, cotillas, manipulando la historia y la realidad para que se parezcan lo más posible a una biografía de pinche famoso. Así y todo, lo más fácil es que las editoriales prefieran el material de primera mano, es decir el libro del pinche *escrito* por el propio pinche o por algún negro resignado. Y, mientras, decenas de dignos novelistas circulan por los barrios sombríos de la Ciudad Editorial, con novela bajo el brazo, rechazada, rechazada y rechazada: no va a vender más allá de 1.500 ejemplares, no puede publicarse; pero es que si llega a publicarse, dará lo mismo: las revistas culturales de alguna importancia no la mencionarán, demasiado ocupadas en la última *tendencia* (la nueva narrativa turcochipriota, por ejemplo); las librerías no la sentarán a las mesas de novedades; los lectores se enterarán de su existencia, si se enteran, un año más tarde, cuando la editorial ya haya mandado quemar la casi totalidad de la edición.

No hay mercado para la «literatura de calidad». Así de sencillo, señoras y señores. Y, encima, nadie sabe en qué puede consistir la calidad, porque faltan criterios, porque faltan personas con capacidad para crearlos y difundirlos, o en posición o con ganas de crearlos y difundirlos. Nada más inútil, hoy, por ejemplo, que el llamado «canon»: una larga —pluri-secular— relación de libros que integran la jurisprudencia literaria, la base en que fundamentar el juicio sobre cualquier obra

nueva que se publique. Sólo un puñado de especialistas del mundo conocen estas obras de referencia. La gran multitud de los lectores potenciales no las ha leído, ni piensa leerlas: ha visto prácticamente todo el cine de los últimos cincuenta años, ha escuchado atentamente todas las músicas de éxito, se sabe de memoria miles de anuncios publicitarios, tiene recibidos en la familia a cientos de personajes de las series televisivas. Pero de los libros sólo conoce las versiones cinematográficas. La cultura ya no consiste en haber leído.

O sea que la cosa no es como para estar *blasé*, desde luego, porque no nos quedan placeres que echarnos al hastiado co-leto. Lo que pasa, conste, es que tampoco vamos a arreglar nada con la furia o el desaliento o con echarles la culpa a las pobres bestezuelas que se albergan en los hoteles cutres del glámur hortera, dejándonos sin público que nos aplauda. Yo creo que los dinosaurios de la cultura tenemos que hacernos a la idea de que nos ha caído encima el asteroide y no nos queda otra opción: o nos adaptamos, o nos extinguimos. El Tyrannosaurus Rex, según me chismorrea los sabios, se convirtió en una especie de gallina y echó a volar y ahora no hay quien lo achante. Nosotros tendremos que descubrirnos la metamorfosis adecuada.

No vamos a ser menos listos y creativos porque aprendamos, con humildad y paciencia, a manejar las nuevas herramientas de expresión que van surgiendo. Aunque nos empeñemos en no enterarnos —o, lo que es peor— en no comprender nada en absoluto, el «big bang» de las nuevas humanidades, de la nueva expresión creativa, está produciéndose en este mismo momento. Todo es enormemente primitivo: internet, las nuevas formas de transmisión del conocimiento y de la expe-

riencia, las nuevas normas de lo bello y de lo lógico, los nuevos accesos a la realidad social. Tendremos que ir enseñándonos a aprender, mientras sucede. Todo es libre, en este momento de frontera entre dos universos.

Lo único que nos está prohibido es empeñarnos en extinguirnos, con la excusa de que ya no quedan dinosaurios como Dios mandaba.

© Ramón Buenaventura, 2003-06-03
Prohibida la reproducción total o parcial
en todos los medios, físicos o virtuales.